

PREMIO DE CUENTO INFANTIL 2012 "SOMOS IGUALES"

pupilentes, sanguijuelas y espejos

un soneto del dr. cuernitos qué

México, D. F.

03/08/2012

Cuento escrito para participar en el concurso Somos Iguales. Acabemos con la discriminación. Organizado por la Editorial Porrúa y el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED)

Camila anhela mirarse al espejo para descubrir cuál es su apariencia, pero enfrente sólo encuentra la ausencia de un rostro que no genera reflejo. Como si su cuerpo estuviera ausente, puede ver todo lo que tiene detrás; si acaso viera lo que ven los demás, tal vez todo sería diferente. Quizás la tratan mal por cómo viste, quizás es por sus ojos amarillos... más lo que realmente la pone triste es que cuando se limpia los colmillos, la única evidencia de que ella existe es el movimiento de los cepillos.

Siendo éste su primer día de clase, sabe que no puede salir nada mal, por eso cuida su arreglo personal para así, evitar que alguien la rechace. Aunque como se apellida Sangría, lo peor vendrá cuando le pasen lista, porque sabe que no falta el bromista que logrará que más de uno se ría. Por eso pasó la noche despierta, meditando sin tomar un respiro, en formas de evitar ser descubierta, pues teme que las cosas den un giro y la amistad en temor se convierta, cuando todos sepan que es un vampiro.

A ella no le gusta ser diferente pues la han atacado de muchos modos: con bromas pesadas y con apodos; una vez incluso, violentamente. El problema cobró tal relevancia que tuvieron que cambiarla de escuela y enseñarle a portarse con cautela, manteniendo a los demás a distancia. Ahora una nueva estrategia utiliza como un modo de evitar accidentes: utiliza dentadura postiza, en los ojos se pone pupilentes y las uñas de los dedos barniza igual que las otras adolescentes.

Camila sabe que afuera del baño sus temores la esperan impacientes, son sanguijuelas con cientos de dientes que la martirizan año con año. Se aproxima lentamente a la puerta... y gira con cuidado el picaporte (tan despacio que oye cada resorte)... ¡La estancia al otro lado está desierta! Y sin embargo, esto no la consuela porque todavía el miedo la acecha... pero ya es tarde para ir a la escuela, entonces se asoma hacia su derecha y al no ver a ninguna sanguijuela, sale tan rápido como una flecha.

Mientras huye, se encuentra en otra estancia a sus padres comiendo el desayuno; entre ellos no existe cariño alguno, ¡existen veinte metros de distancia! Está tan alejada cada silla que les resulta fácil ignorarse, no obstante, es inevitable gritarse hasta para pedir la mantequilla. Su papá siempre se queda callado y su mamá grita por pequeñeces... su amor ya es sólo un recuerdo nublado al que renunciaron desde hace meses; murió del todo, pues murió olvidado y siempre, el olvido es morir dos veces.

Su padre es un señor muy elegante; él no es vampiro, zombie ni mutante, pero a pesar de no ser semejante es tan serio, que parece bastante. Sin embargo, lo más interesante, es que es una persona tan distante que su voz es potente y resonante, ¡pero siete cuerdas más adelante! Y aunque esto parece ser fascinante, a Camila le parece irritante que para conversar de algo importante, su padre ponga de condicionante el soportar su actitud arrogante, junto a su complejo de altoparlante.

Su madre es vampiresa de buen diente, de linda figura y rostro atrayente, parece diva del cine silente, no por bella, sino por lo exigente. Quiere que su hija sea sobresaliente y no acepta menos que lo excelente, aunque como en eso es intransigente hace sentir a Camila impotente, pues si no es una vampira eminente, su madre se comporta indiferente sin interesarse por lo que siente. Con esta realidad de antecedente, es imposible no tener presente que nadie la quiere sinceramente.

Se despide de su padre primero y como él ni siquiera se levanta a ella se le hace un nudo en la garganta, despidiéndose entonces, sin esmero. Para no hacerlo enojar, lo deja en paz y se acerca a su madre vampiresa, pero ésta, escasamente se interesa y Camila decide dejarla atrás. Para que la indiferencia no duela, ella sabe bien que es mejor no insistir, y antes de salir volando a la escuela recuerda que se tiene que despedir de su emburujada y vetusta abuela, y por desgracia, nada lo va a impedir.

El cuarto de la abuela está en penumbra y siempre tiene un fuerte olor a rancio que le produce a Camila cansancio porque aunque lo intenta, no se acostumbra. Surgen primero las manos huesudas y los colmillos que chupan el cuello, después ve la cabeza sin cabello y también las orejas puntiagudas. Su nieta siempre siente ambivalencia, ya que a pesar de su horrible figura y de su insoportable pestilencia, en sus ojos se advierte una dulzura que a veces se piensa que es inocencia, pero en otras, se piensa que es locura.

Su abuela le regala una sonrisa, si bien, Camila sólo ve una mueca, y cuando la abraza como muñeca intenta liberarse a toda prisa. Se siente como mosca en mucílago, pero al final su fuerza recopila para lograr alcanzar su mochila y también, convertirse en murciélago. No es que actúe con desconsideración, es tan sólo que su insensibilidad es por temor a exponer su corazón, negando así, toda posibilidad de volver a sufrir cualquier agresión, aunque esto le implique, actuar sin humildad.

Sus temores la invaden mientras vuela: tres sanguijuelas con cuerpos alados que la siguen de cerca a todos lados, hasta llegar al portón de la escuela. Al no poder pasar sin uniformes, súbitamente frenan en la entrada. Camila se aleja envalentonada dejando a sus temores inconformes. Esto quizás fue lo más conveniente, ya que apenas estaba aterrizando, cuando observa que en la banca de enfrente, tres compañeras le están saludando. Camila responde valientemente ya sin sus temores revoloteando.

Todo le estaba saliendo perfecto (mucho más de lo que ella imaginaba), pues mientras Camila se presentaba, las tenía encantadas con su aspecto. Su plan al fin estaba dando frutos porque gracias a su nueva apariencia, por primera vez, sintió pertenencia como nunca en los demás institutos. Sin embargo, la niña sigue alerta, porque sabe que aunque no han podido entrar, sus temores la esperan tras la puerta con el firme propósito de lograr que su identidad quede descubierta a toda la comunidad escolar.

Cuando ya estaban adentro del salón, Camila se dio cuenta felizmente que no la miraban burlonamente porque otra niña captaba su atención: Emilia era una niña tan estrecha que parecía como impresa en textil, exclusivamente tenía un perfil que muestra sólo su parte derecha. Camila entonces se hizo la bromista expresando un comentario imprudente, ya que cuando estaban pasando lista, después de que Emilia dijo “Presente”, Camila dijo de forma imprevista: “La que ve de lado aunque esté de frente”.

De pronto todo el salón eran risas que tardaron minutos en callarse. Emilia no quería levantarse... tenía su corazón hecho trizas. Camila lo hizo para protegerse por si su secreto se revelaba, no obstante, descubrió que le gustaba ser notada sin tener que esconderse. En vano, la profesora concilia haciéndole a Camila una advertencia, y pide se disculpe con Emilia; pero, la vampira hace otra imprudencia: “¡Mejor que se disculpe su familia por haberle heredado esa apariencia!”.

Ocultando su esencia más íntima, la que rechazaron otras escuelas, Camila se volvió un dolor de muelas para Emilia, quien se hizo su víctima; pues la convirtió en la burla de todos únicamente por ser diferente, siendo la vampiro irónicamente, aquella que inventaba sus apodos. Cada apodo inventado la rebaja, no es importante si es “La Aplanadora”, “Señorita de Avignon” o “Baraja”; pero, hay uno que Emilia más deplora, que es con el que Camila se agasaja: el de “Josefa, la Corregidora”.

La autoestima de Emilia fue menguando, su desprestigio cobró celeridad. Camila se volvió una celebridad y su autoestima se fue incrementando. Olvidando que ella sufrió lo mismo, Camila inventaba un apodo diario. Para Emilia la escuela era un calvario y su soledad, un profundo abismo. Como dos cabos de una misma cuerda, la que abusa, alguna vez fue abusada, sólo que hay veces que no lo recuerda. No es que le complaciera ser odiada, o que la consciencia no le remuerda, es sólo que Camila está asustada.

Tres cosas que no estaban contempladas se presentaron los días siguientes: todas ellas, sus temores pendientes en forma de sanguijuelas aladas. El tres de abril, a la hora del recreo, llegaron tres sanguijuelas enormes portando todas, nuevos uniformes que habían ordenado por correo. Se acercan a Camila con presteza rodeándola de manera certera. Intenta escapar, pero se tropieza cayendo su cuerpo sobre la acera, entonces vuelan sobre su cabeza y una de ellas, le habla con voz artera:

“Te advierto que todas tus compañeras pueden descubrir cuál es tu secreto, pues pasan juntas el día completo y se darán cuenta, aunque tú no quieras. Te acompañan porque no hay quien resista tus bromas de la niña con un lado, pero si tu secreto es revelado, te volverás la siguiente en la lista. Antes de que esto se vuelva más grande debemos controlarlo con firmeza; cuida que tu corazón no se ablande y agárrate, que esto apenas empieza, ya que si no haces lo que yo te mande, regresará a tu vida la tristeza.”

Una vez que ya han regresado al salón, detrás de ella deciden colocarse para de esta manera asegurarse, de que Camila cumpla con su misión. Como está dispuesta a hacer lo que sea con tal de que no le arrebaten todo, piensa que quizás el único modo será cometer la falta más fea. Camila se volvió la antagonista, y éste cuento da un giro aunque te asombres, ya que cuando estaban pasando lista, con todos y cada uno de los nombres la niña se volvió a hacer la bromista, poniéndoles a todos, sobrenombres.

Cuando llegó la hora de la salida le reclamaba su salón completo, entonces, para salir del aprieto, con la fuerza bruta los intimida. A una niña le rompió su mochila, a otra más le puso el ojo morado, Camila perdió todo lo ganado mientras se portaba como gorila. Pobre Camila, crees que las castigas, más cada golpe te quita humanidad al tiempo que ganas más enemigas. Tanto te apena tu personalidad que has alejado a todas tus amigas para ganarte a golpes, tu soledad.

Camila sufrió los días siguientes, porque la agresión les dejó tal huella que ya nadie se juntaba con ella, sin importar que usara pupilentes. Pero una mañana, su profesora les hizo una dinámica en el salón para que las niñas tuvieran unión y perdonaran a su abusadora. Les pidió dibujaran al parejo lo que fuera que las asustara más, Camila apareció en cada bosquejo y ese espejo no lo olvidará jamás. Ya que por fin pudo ver su reflejo y todo lo que veían los demás.

Y ese dolor que el reflejo provoca se clava en su corazón como estaca, y mil lágrimas de sus ojos saca que escurren velozmente hasta la boca. Se da cuenta, tan sólo en un segundo, que sus lágrimas saben igual que el mar, y aunque éste sea más frío que su pesar, de ninguna manera es más profundo. El timón de su interior daba un giro, como un navío atrapado en un tifón, y mientras va perdiendo su respiro, en lágrimas naufraga su corazón: ya que es un monstruo no por ser vampiro, sino porque serlo, fue su decisión.

Le dio tanta importancia a la apariencia y le avergonzaba tanto quien era, que se olvidó de sí aunque no quisiera y su conversión, tuvo consecuencia. No importa cuánto hizo para evitarlo, su soledad de todos modos vino, porque uno suele encontrar su destino en aquello que haces para esquivarlo. El problema cobró tal relevancia que faltó dos semanas a la escuela, guardando de los demás su distancia, incluso de sus padres y su abuela; y mientras pensaba en la intolerancia, no la hostigó ninguna sanguijuela.

Cuando se pasaron las dos semanas, abrió los ojos y exhaló un suspiro, pues no lamentaba ser un vampiro como lo hacía todas las mañanas. Lista para regresar a la clase, limpia sus colmillos frente al espejo, y ya no necesita su reflejo, porque ahora sabe quién es y lo que hace. Se ha dado cuenta que su intolerancia fue la consecuencia de sus temores, pues cuando se juntan con la ignorancia son demasiado manipuladores y no admiten ninguna discrepancia, ni aceptan la variedad de colores.

Camila sabe que afuera del baño ya no tiene que tomar precauciones, sus miedos se fueron de vacaciones, porque ya no le pueden hacer daño. Extrae una postal de su mochila que viene desde la rívera maya, donde ellas aparecen en la playa, dejando a Camila, por fin tranquila. ¡Qué suertudas sanguijuelas aladas! Ahora viven justo a la orilla del mar, disfrutando de las aguas saladas y la sangre de los que van a nadar. Están tan satisfechas y asoleadas, que parece que no piensan regresar.

Sus papás se esfuerzan lo suficiente para que Camila se sienta mejor: su mamá se ha hecho tolerante al error y a últimas fechas, es su confidente. Su padre, sigue guardando distancia, pero ahora la acompaña hasta la escuela, pueden platicar mientras ella vuela sin que él tenga que salir de la estancia. A Camila le gusta que la quieran, por lo que se han ganado sus indultos, y agradece bastante que aprendieran que las agresiones y los insultos, a veces entre los niños prosperan por la indiferencia de los adultos.

Con su abuela se ha vuelto tolerante, y ahora le da el trato que se merece por lo que es, y no por lo que parece... aunque también le da desodorante. Más tiempo pasan y más se encariña, ya que a pesar de las manos huesudas y de sus dos orejas puntiagudas, realmente es como si fuera una niña. Le da un abrazo con mucha ternura, que para Camila es sólo un momento, pero para su abuela poco dura; ante esta exhibición de sentimiento, el corazón de la anciana fulgura como las estrellas del firmamento.

Llegar a la escuela fue complicado, no sabía cómo iban a reaccionar, ni si Emilia la podría perdonar, porque aún no se había disculpado. Pide perdón, armándose de valor, y enfrente de todos fue disculpada (sucedió que Emilia era tan delgada que adentro de ella no cabía el rencor). Poco a poco, la herida cicatriza, para ella y las demás adolescentes, todo cambió desde que no utiliza barniz en los dedos, ni pupilentes, y al no usar su dentadura postiza, sus dos colmillos fueron evidentes.

Las cosas realmente dieron un giro y Camila se volvió más popular, ya que ahora todas se quieren enterar de sus aventuras como vampiro. Por ser temerosa, no tuvo en mente que los cuentos de lobos y vampiros entre las niñas arrancan suspiros, y son muy famosos últimamente. Las niñas la pasaron platicando hasta que al fin tocaron la campana, en las clases siguieron cuchicheando y así estuvieron toda la mañana, pero como el tiempo pasa volando, rápido se les pasó una semana.

Quizás la moraleja de este cuento sea que las cosas se ven diferentes cuando no se miran con pupilentes, pero ése es únicamente un recuento... Mejor digamos algo más profundo: Hay quienes dan valor a sólo aquellos que para los demás parecen bellos, y no a aquellos que hacen bello su mundo. El que discrimina por sentirse más, lo hace porque en el fondo está asustado, y el que excluye va alejando a los demás y acaba finalmente marginado viendo cómo se va quedando detrás. Y colorín colorado, este cuento...